

cia, su muy hermoso rostro estaba encendido como escarlata y el semblante airado. Así que, no menos temor que placer, mirando su muy gran hermosura y fiereza de voluntad, en los que lo miraban ponía.

CAPITULO XLVIII.

En el cual Esplandian da muy justas causas al gran maestro Elisabat, por las cuales su padre Amadis dél pudo ser vencido.

El maestro Elisabat, que así lo vido, dijole: «Buen señor, el vencimiento que á vuestro padre hecistes os debe quitar y apartar esta duda que teneis.— ¡Oh padre! dijo Esplandian, muy gran diferencia es entre la valentía y osadía; que si yo á Amadis sobra hice, no lo causó sino subir mis fuerzas donde las suyas decien den; que faltando la edad, falta la virtud, la viveza del corazon, y falta la ganosa y deseosa voluntad, que todas las mas cosas acaba. Mas ¿quién pudo ni puede serle igual en esta osadía y temeroso acometimiento? Cierdo ninguno, ni aquel fuerte Hércules, de que tan grandes maravillas en armas son escriptas y divulgadas por el mundo, porque las verdaderas que el pasó, comunes y tratables son á muchos, y aquellas que mas espantosas parecen, bien sabeis, padre, que mas en ficcion por los poetas que por ser ciertas en sí, fueron en memoria por ellos dejadas. Pero dejemos de mas hablar en esto; que la diferencia que entre él y mí habré, será que las fuerzas que Dios me diere serán empleadas contra los malos infieles, sus enemigos, lo que mí padre no hizo.» Y cabalgando en su caballo, poniendo el yelmo en su cabeza, se tornaron todos á la gran nave donde habian salido, y desarmándose, comieron y holgaron, atendiendo la ventura que les viniese, sabiendo cierto ser mas en la voluntad ajena que en las suyas el fin de su viaje.

CAPITULO XLIX.

De cómo Esplandian y sus compañeros, salidos de la isla de Santa María, entraron victoriosamente en el puerto de la famosa ciudad de Constantinopla, y del demasiado placer y espanto que el Emperador y la infanta Leonorina, viendo venir la gran fusta de la Serpiente, hubieron.

Estando como dicho es Esplandian y sus compañeros en el puerto de la isla de Santa María, la gran fusta partió de allí antes que fuese de noche, y navegando por la mar, en cabo de los cinco dias fué puesta cuanto un tiro de arco de aquella muy grande y famosa ciudad de Constantinopla, y con su vista toda la ciudad fué movida, saliendo las gentes, así hombres como mujeres, á la mirar encima de las altas torres y muros, teniendo por la mas extraña y espantable cosa que nunca oyeron ni vieron. El ruido y las voces fueron tan grandes, que el Emperador con todos sus caballeros, reyes y príncipes, se pusieron en las ventanas de su gran palacio, y asimesmo la Emperatriz y la hermosa Leonorina, su hija, con las dueñas y doncellas de alta sangre, maravillándose qué podría ser aquella cosa, que veían la Gran Serpiente andar á todas partes, con tan gran braveza crujendo las alas, hiriendo de la cola en el agua, lanzando las gorgozadas por la garganta, y el humo negro muy espeso por las narices, que no parecía sino que toda la tormenta del mundo allí venia junta. Gastiles, el sobrino del Emperador, que allí estaba,

dijo: «Esta es la gran fusta en que anda Esplandian, aquel de quien han dicho las cosas maravillosas que en armas ha hecho.» El Emperador, que lo oyó, hubo mucho placer y dijole: «Sobrino, pues que mas vos que otro ninguno le conoceis, entrad en una desas naves, y tened manera con él cómo me vea.» Gastiles, cumpliendo su mandado, entrando en la mayor fusta que en el puerto habia, con gentes muy cursadas de aquel oficio, comenzó á porfiar de llegarse á la fusta, mas las hondas del agua eran tan bravas con la fuerza de la Serpiente, que en ninguna manera con gran trecho á ella llegar pudo, antes los hacia volver muchas veces contra la tierra, muy cerca de ser perdidos. El Emperador, que lo miraba, aquejábase mucho, diciendo si habia alguno allí que remedio poner pudiese para que aquel caballero hubiese su embajada; pero en ninguna manera se halló.

Cuando la muy hermosa Leonorina oyó decir que aquella era la fusta de su caballero, y le vió poseer una tan gran espantable cosa y tan señalada en el mundo, bien pensó que así todas las otras cosas que dél fuesen lo serian, y comenzó á decir entre sí: «¡Ay fusta, cómo á todos pones espanto y á mí eres muy agradable, y cómo con gran razon te debes tener por bienaventurada, trayendo á tu placer aquel que todo el mundo mandar merece!— ¡Oh, cómo seria yo bienaventurada si así como á él me hicieses á tí sujeta, y delante su presencia me pusieses; porque este mi cuitado corazon, con la vista de su gran hermosura, sus encendidas llamas algun tanto resfriadas fuesen antes que del todo en ellas con muy crueles angustias consumido sea.» Y despues dijo: «¡Ay doncella Carmela! cómo con tus falagueras y blandas palabras me quisiste matar, dejando á mí captiva todas las ansias y dolores que de allá trajiste, llevando á aquel que las padecía tan gran remedio; así que, bien cierta soy que si lo que me dijiste es verdad, de ser yo amada en tanto grado de tu señor, que tanto cuanto mas la esperanza cierta tuviere, tanto mas sus ardientes y encendidas llamas se harán mayores; así que, no en vano mi cuitado corazon padece, pues que otro tan generoso como él le da la paga.» Allí estuvo un muy gran rato como atónita, que muy claro su grande alteracion por quien la mirara vista fuera; mas como todos tenian el pensamiento y los ojos en la gran fusta, ninguno á otra parte mirar entendía. Mas la Infanta, siendo algo mas en sí tornada, dijo: «¡Ay captiva yo, cómo fui engañada en te hacer á tí, Carmela, mis ricos paños vestir! Porque cierto es que siendo vistos por tu señor, queriendo á ellos abrazar, á tí le convenia tomar en sus brazos; pues ¿quién duda que, teniendo tú tan cerca la cosa del mundo que mas amas, que no juntas tú rostro al suyo ó quizá tú boca á la suya? Y no siendo tú tan fea, que cualquiera otro caballero no se tuviese por muy contento en te tener pagada, ¿qué sé yo si este así lo hará? Porque las causas muy aparejadas muchas veces tienen tan gran fuerza, que acarrear aquellos hierros y pecados que nunca se pensaron; así que, yo podría haber sido causa de mi daño. Mas si por ventura lo tal acaeciese con aquel sano amor que entre él y tí puesto es, gran consolacion seria para mí ser certificada, pues que ver no le puedo, que mis paños le vieron y abrazaron.»

Así estaba esta infanta muy hermosa condoliéndose de aquellas fuertes y agudas espinas que en su tierno corazon eran hincadas, con aquella graveza, con aquella dulzura, con aquello amargo y aquello sabroso que los metidos en este tan húdoso lazo suelen tener, y como quiera que sus cuitas y afanados deseos tan ásperos fuesen, no creais que el caballero entre las afrentas y peligros las tenia menores; mas como de Amadis, su padre, tantas y tales se hayan contado en esta grande historia, donde este ramo ó parte de su hijo sale, con tantos suspiros y tanta abundancia de lágrimas, si ahora de nuevo lo deste leal enamorado quisiésemos escribir, no deleite, antes gran fastidio, á los leyentes atraeria. Así, quedando las mas dellas en olvido, como cosa ya supérflua y demasiada, irá procediendo la historia en haceros saber cómo los grandes hechos en armas deste caballero pasaron hasta que la fortuna, enojada y cansada de le haber en lo uno y en lo otro tan cruelmente atormentado, le quiso poner el remedio, haciéndole alcanzar aquel sabroso fruto que sus muy grandes trabajos merecian.

CAPITULO L.

De cómo la gran fusta de la Serpiente, partida del puerto de Constantinopla, llegando cerca de la montaña Defendida, halló á Frandalo con toda su flota y los caballeros noveles como de Constantinopla habian partido, los cuales cuentan á Esplandian la prision de Frandalo y todas las otras aventuras que despues venido les habian.

Así como dicho es, estuvo aquella gran fusta de la Serpiente ante la gran ciudad de Constantinopla hasta la noche, con tanta furia, que ni para á ella allegar ni menos para della salir ninguno fué poderoso; pues la oscura noche venida, acogido el Emperador á su aposentamiento, y toda la otra gran muchedumbre de gente que le habia mirado, partióse la nave de aquel puerto, y navegando toda la noche y otro dia, siendo ya casi pasadas las dos partes dél, vieron á ojo á la muy fuerte montaña Defendida, que siendo por Esplandian y por el maestro Elisabat conocida, mucho placer y muy grande alegría sintieron en demasia. Pero antes que á ella con gran parte llegasen, hallaron aquella flota que ya se os contó, del muy fuerte Frandalo, donde con él andaban el rey de Dacia y Maneli el Mesurado, que del mismo puerto de Constantinopla partiera para aquel socorro, y porque la flota del rey pagano era tan poderosa, no habian podido hacer ningun daño en ella, y así lo habian hecho saber al Emperador, y aguardaban tiempo conveniente, el cual Frandalo sabia muy bien conocer, como aquel que en todas aquellas mares no habia quien le fuese igual, así en esfuerzo como para lo que en semejante caso se requeria hacer. Y quiero que sepais que al tiempo que los de la flota de Frandalo la fusta de la Serpiente vieron, que, como de cosa tan espantable y muy extraña, quisieran todos huir, creyendo que animal vivo fuese; mas conocida por aquellos dos caballeros el rey de Dacia y Maneli, y haciendo saber á Frandalo y á los suyos la verdad de lo que era, no solamente se aseguraron, mas hicieron por ello muy grandes alegrías, porque conocian en su señor la grande aficion que aquellos caballeros le tenian y con qué voluntad y deseo querian hacer aquel socorro. De donde pode-

mos notar un muy grande y señalado ejemplo. Este Frandalo que oistes, de su nacimiento fué pagano, y así lo eran aquellos donde él decendia; y todos sus servidores, que muy grandes cosas le ayudaron á ganar, no teniendo otra ley ni otra vida sino la que sus antecesores tuvieron, trabajando y muriendo en aquellas cosas que á su señor mas agradables eran. Como quiera que en la flota algunos hombres trajese mas por fuerza que por voluntad dellos, como dolencia muy antigua que en las mares se acostumbra; y porque este Frandalo, constreñido por fuerza de le ser la ventura contraria, por la gracia especial del muy alto Señor, que muchas veces, sin que nuestro flaco saber lo pueda alcanzar, es enviada en aquellos que al parecer de todos mas enemigos son de su santa ley, fué tornado en la ley de la verdad, y aquellos sus hombres, sin mas doctrina, sin mas informacion de lo que se suele hacer para convertir los errados, dejando aquello con que nacieron, aquello que por verdadera ley tenian, aquello que á sus parientes y amigos veia sostener, como que con ello sus ánimos se salvaban, luego las voluntades las obras volvieron, y se tornaron en seguir y amar aquello á que su señor se habia vuelto, con tanta aficion, que siéndoles dicho cómo aquella gran fusta era de Esplandian, el mayor enemigo de los paganos que á la sazón entonces en el mundo se levantaba, la misma alegría que de la ver á su señor Frandalo ocurrió, aquella mesma les vino á ellos por seguir su buena voluntad.

Pues ¿qué diremos aquí, cristianos? Si estos por seguir á un hombre pecador tan súpitamente fueron á la fe de Cristo convertidos, ¿qué haremos ó qué debemos hacer nosotros, sabiendo cómo aquel verdadero Dios, por nos dar buen ejemplo, por nos dar y mostrar la verdadera ley, en que nuestras ánimas salvarse puedan, vino en el mundo, no solamente á enseñar, mas á obrar todo aquello que para nuestra bienaventuranza nos dejó? Padeciendo hambre, padeciendo frio, y otras muchas fatigas y grandes injurias, hasta consentir en el cabo ser puesto en la cruz con infinitos y muy grandes y crueles tormentos. Y desto todo, á nosotros, que suyos nos llamamos y su nombre tenemos, ¿qué nos queda? ¿Qué damos por ventura ser convertidos y vueltos en seguir sus santas obras, como aquellas gentes de Frandalo seguian las suyas por le agradar y contentar? Ciertamente creeria yo que no; porque si este Señor, nuestro Redentor y Salvador, vino con mucha humildad, nosotros, tomándolo al revés, somos de nuestro grado y voluntad sojuzgados de muy gran soberbia; y si él vino descalzo, desnudo, sin ninguna codicia, nosotros, por poder alcanzar los bienes temporales deste mundo, que él tanto desechó y mucho aborreció, ciegos, perdidos, trabajando muriendo, andamos todo lo demás en contra de sus amonestamientos, y creyendo con ellos alcanzar algun descanso, alcanzar alguna libertad y alcanzar contentamiento, cuando ya los tenemos, muy mucha mas fatiga y trabajo, muy mucha mas codicia cada dia nos sobreviene, y lo que peor es, que en lugar de nos hacer libres, nos hacemos captivos y sujetos por los aumentar y acrecentar, ó sostener de aquellos que como nosotros están captivos; por donde sin duda podemos firmemente creer que aquel nuestro Señor y Re-

dentor del mundo, como cosa muy extraña y desviada del su servicio, los quiso apartar.

Mas dejando de hablar mas en esto, por ser tan alto, y mi juicio tan bajo, solamente quiero decir al nuestro muy santo Padre, y emperadores y reyes y príncipes, con otros de menor estado, á quien el Señor muy poderoso dió tan gran mando sobre muchas compañías de gentes, que sigan y hagan tales obras, pues en ellas está la mayor parte del bien ó del mal con que sus súbditos tomen ejemplo, y ellos mismos se puedan salvar de aquellas crueles penas infernales, no lo dejando ni remitiendo todo á aquella triste hora de la muerte, siguiendo lo que nuestro Señor nos manda y él siguió, porque merezcan y merezcamos ser en el su santo reino de paraíso, así como por razon lo pudiéramos creer que lo fuera este Frandalo y sus gentes, segun las obras que despues de convertidos hicieron, si, como fingidamente dellos se hace mencion, en efecto de verdad pasara. Y tornando al propósito, llegada aquella flota de Frandalo al encuentro de la gran fusta serpentina, luego se conocieron los unos á los otros con tanto placer y alegría, que apenas se os podria contar; y por ruego de Esplandian fueron pasados á la su nave el rey de Dacia y Maneli y Frandalo; los cuales subidos en ella, y habiéndose mucho abrazado, en especial Esplandian y el rey de Dacia, que mucho se amaban, como ya os dijimos, desde la primera hora que se vieron; el cual amor les duró todo el tiempo de sus vidas, así como adelante os será contado.

Supo Esplandian la hacienda de Frandalo, y quién era y por qué manera fué preso y llevado á Constantinopla, y todo aquello que dél habia sido hasta entonces; y asimesmo le contaron los dos caballeros en el modo que hallaron á Urganda la Desconocida, y todo lo que con los diez caballeros que la tenian cercada les aconteció, y cómo, dejándola en salvo en su nave, y de camino para se ir al Emperador con el niño, se habían della despedido, y cómo, con la gran tormenta despues que en la mar entraron, fueron aportados en la Yerma Isla, y lo que con los jinos les aconteció, de que mucho rieron todos, y dijoles Esplandian: «Digoos que con razon podeis decir que pasastes por la mas extraña aventura en vuestro comienzo que ninguno de cuantos se saben; pero creo yo que no tan peligrosa como aquella que nos vimos en la isla de Santa María.—Bien puede ser, dijo Argento, el escudero del rey de Dacia; pero esa seria para llorar, y esta otra para reir, como lo hecimos.—Mi amigo Argento, dijo Esplandian, así esa para ser luego olvidada, y esta otra para quedar en perpétua memoria.—Verdad sea eso, dijo Argento; mas al cabo la una y la otra se harán iguales, lo que no acaecerá desta demanda en que ahora is contra los infieles, que muy mas loada y perpétua será en los altos cielos que en la baja tierra.» Así estuvieron en esto solazándose solos estos caballeros, como ois; y sabido por Esplandian y Norandel cómo el rey de Persia tenia la montaña Defendida cercada, acordaron que la flota de Frandalo fuese algun trecho en seguimiento de la gran fusta, porque las grandes hondas del agua así á ellos como á los contrarios podrian anegar, y si Dios y su ventura les diese tal dicha que en el alcázar pudiesen entrar, hallándose todos

juntos con Talanque y Ambor, si los atendiesen, que podrian hacer tales cosas que por todo el mundo fuesen oidas, ó morir como debian.

CAPITULO LI.

De cómo Carmela, no con poca discrecion, quiso que hasta la montaña Defendida Esplandian, su señor, della no supiese.

La doncella Carmela, que en compañía destes tres caballeros andaba, como oisteis ya, considerando si aquellas grandes nuevas que ella traia á Esplandian en aquella sazón se le dijiesen, seria en tal alteracion puesto, que lo que él por ventura muy secreto queria que fuese, con ella á todos seria divulgado; y aunque su gran discrecion y juicio para el remedio desto bastase, que no bastaria para le quitar en aquel socorro que queria hacer, de no poner su vida en el peligro de la muerte, mucho mas que el su grande esfuerzo lo demandase, rogó á aquellos caballeros que no le dijiesen della ninguna cosa, ni le hiciesen sabidor cómo allí venia hasta que en la montaña Defendida fuesen; y por esta causa se quedó en la nave de Frandalo, como aquella que, aunque su ánimo en muy grande cantidad desease ver aquel que tanto amaba, y le manifestar aquel tan gran servicio que le habia hecho, donde para siempre le tenia obligado á que bien y merced le hiciese, quiso antes mirar á la razon que al contentamiento de su voluntad, lo que muy pocas veces acaece á los sirvientes; que tan gran codicia es la suya de cobrar aquesto que de sus señores esperan, que no solamente no aguardan para ello tiempo y sazón conveniente, mas pónenles las vidas en condicion, porque sus codiciosos apetitos sean satisfechos; y si los señores no les hacen aquellos bienes y mercedes que á su parecer les son obligados segun sus servicios, no lo debe causar sino el poco amor con que se hicieron; así como ya dicho es por muy cierto merecer poco galardón las buenas obras que son hechas sin caridad. Pero, porque á nuestro propósito no hace, dejáremos de hablar mas en esto, remitiéndolo á aquellos que con mas discrecion mas largamente en ello muy bien hablar podrian.

CAPITULO LII.

De cómo Frandalo, por consejo de Esplandian, se baptizó, como antes al Emperador lo habia prometido, tomando al mismo Esplandian y tambien á Norandel por sus padrinos.

Habiendo Esplandian sabido de aquellos dos caballeros la hacienda de Frandalo, y la vida que hasta allí en todo su tiempo habia tenido, segun en Constantinopla habian sabido, y lo que prometido habia al Emperador, acordó de le hablar antes que fuese mas adelante; y tomándole por la mano, subiendo encima de las grandes alas de la Gran Serpiente, mirando cómo se iban á la montaña Defendida, así desta manera le comenzó á decir: «Frandalo, yo he sabido destes caballeros quién vos sois, y muchas de las buenas venturas y victorias que en este mundo hubistes; mas aquellas que lo son sin ventura se tornan, y que esto sea así, á vos mesmo deo que lo digais, que siendo tan favorecido, tan ayudado en la fortuna, puesto, á vuestro parecer, en la cumbre della, creyendo estar muy seguro, quisos ella mostrar el galardón que á aquellos que en ella se fian dar

CAPITULO LIII.

De la habla que el rey de Dacia con Esplandian hubo acerca de la doncella Carmela, y de las cosas que en Constantinopla vido.

Esplandian y el rey de Dacia, que mucho se amaban, iban hablando ambos en uno, y el Rey le contaba en qué manera habia visto á la hermosa infanta Leonorina cuando le presentó á Frandalo, y dijole: «Creed, Señor, que ni vuestra madre, que por todo el mundo es preciada y loada por la mas hermosa de cuantas en esta sazón se vieron, ni todas las otras que vos conocéis, en quien es la perficion de la acabada beldad, con muy gran parte no se le igualan; que cierto yo creo que persona mortal nunca tal hermosura ni tal gracia alcanzar pudo.» Y asimesmo le dijo el grande amor que el Emperador les mostró, y cómo, sabiendo las grandes cosas que dél le habian dicho, deseaba mucho verle, y lo que Gastiles habia dicho; así que, no quedó cosa que no le contase, sino solamente lo de la doncella Carmela, lo cual dejó por su ruego della, como ya os dijimos. Esplandian, que con mucho contento escuchaba, aunque no sin mucha alteracion de su espíritu en oír hablar de tal manera en aquella de quien su corazón enteramente era sujeto, maravillábase mucho cómo no le hacia mencion de la doncella Carmela, y dijo: «Mi buen señor, ¿supiste allá por ventura de una mi doncella que con mi embajada á esa casa del Emperador fué?—Si supe, dijo el Rey; que yo la vi en el palacio del Emperador, y segun nos dijo, será muy presto en la montaña Defendida, si este cerco no la estorba.—¿Cómo supistes, dijo Esplandian, que era la por quien yo pregunto, ó en qué manera la conocistes?—Yo os lo diré, dijo él: sabed que cuando ella vió á Maneli y á mí armados como veis, fué muy alegre y muy maravillada en conocer las armas, y no á nosotros, y hablando con ella, nos dijo nuevas de Talanque y Ambor, y cómo traian otras semejantes armas que estas nuestras, y digoos que delante de nosotros hizo saber al Emperador todas las cosas que por vos han pasado hasta que al rey Lisuarte sacastes de la prision, que por gran maravilla lo tuvo él y todos los caballeros de su corte.—Cierto, dijo Esplandian, no puedo pensar por qué causa se detuvo en se no venir en vuestra compañía, porque yo la envié con mensaje á esa infanta que vistes, á le hacer saber lo que mi padre me mandó el dia que fuimos armados caballeros, y que yo quitaria aquella palabra que dél le quedó, haciendo á todo mi leal poder todo lo que su servicio y voluntad fuese; y mucho placer habria en saber lo que dello recaudó, y si con mi servicio terná por bien de excusar el de mi padre.—De eso os diré yo, dijo el Rey, lo que allá supe: la infanta Leonorina dijo á su padre esto que vos decis, y cómo la doncella le habia traído de vuestra parte aquella embajada, y un anillo muy hermoso en señal de ser así cierto; pero el Emperador respondió que por ninguna manera no diese por quito á vuestro padre de aquella promesa hasta que vuestra persona se presentase en aquel lugar que la palabra se dió, porque querian ver si vuestras obras son bastantes á que las de vuestro padre excusar pudiesen.—Pues eso de la ida y de la igualdad de mi padre, dijo él, muy alongado por

suele; que en cabo de tantos y tan grandes trabajos, tantos peligros por vos pasados por ganar honra y provecho, desamparado de vuestras gentes, desapoderado de vuestras fustas, fuistes vencido de aquel que hasta entonces nunca en afrenta con ningun otro caballero se habia visto, y llevado preso delante de aquel emperador á quien muchos enojos y no menos daños hicistes, donde con mucha causa se debiera ejecutar en vos la justa justicia que mereciades. Mas aquel Redentor del mundo, que por los semejantes quiso padecer, habiendo mucha piedad de ese valiente cuerpo y de las grandes fuerzas que él vos dió, creyendo que son puestas, al contrario que de lo de hasta aquí, en su servicio, ha puesto tal remedio, si por vos es conocido, con que aquella mala fama precedera que en lo pasado alcanzastes, para siempre en este mundo, y despues en el otro, en muy gran gloria perpétua se vos torne; y porque sin el buen cimiento ninguna labor segura ni duradera ser puede, es menester que, dejando la que es mala y muy falsa secta de los paganos, vos torneis luego á la santa ley de nuestro Señor Jesucristo, sin la cual ninguno puede ser salvo. Pues esto sea luego, así como yo he sabido que lo prometistes al Emperador, porque, como quiera que vuestras gentes y fuerzas muchas sean, no me atreveria yo á acometer ninguna afrenta en compañía de aquel que enemigo fuese del Señor Dios, que la victoria dar y quitar puede, sin que alguno ni ninguno á la mano le vaya.»

Frandalo, que lo miraba y veía tan hermoso y tan mesurado en su hablar, sabiendo ya las cosas maravillosas y muy extrañas que en armas habia hecho, bien creyó verdaderamente que tal persona de hombre mortal no podia nacer, ni de tal forma permanecer sino en la ley de la verdad; y puesto caso que no fuera llegado á tal estrecho por donde le convino prometer al Emperador aquello que Esplandian le demandaba, sola su vista y habla era bastante para que, no tan solamente á él, mas á todo el paganismo convertir pudiese, y dijole: «Bienaventurado caballero, aquel Señor en quien tú crees y que tal te hizo, quiero yo servir y creer; pues ordena de mí lo que mas te placirá; que determinado estoy á lo que tu voluntad fuere.» Esplandian, que desto muy gran placer hubo, tomándolo por la mano, se bajó con él á aquella hermosa capilla donde él fué armado caballero, y allí el maestro Elisabat, que de misa era, dándole por padrino á Esplandian y á Norandel, le dió el agua del bautismo, tornándole cristiano á él y á todos los suyos; mas el nombre de Frandalo no se quiso mudar, diciendo que, pues hasta entonces con aquel nombre en servicio del enemigo malo tanta fama alcanzó, que con aquel mismo, sirviendo al Señor que agora habia tomado, queria hacer tales cosas, si la muerte no le atajase, que siendo ejemplo á aquellos sus parientes y amigos, que por todas aquellas comarcas vivian, fuese causa de los tornar al santo conocimiento de la santa fe católica, en que él ya estaba. Y ciertamente esto no fué en vano, antes muchos dellos fueron convertidos á la santa fe católica por causa suya, como adelante se os contará; de que muy grande acrecentamiento de allí se siguió en la fe de Cristo.

De la habla que el rey de Dacia con Esplandian hubo acerca de la doncella Carmela, y de las cosas que en Constantinopla vido.

ahora está de mi pensamiento y voluntad; que en gran locura sería puesto si creyese que yo y todos los nacidos podemos igualar con mucha parte á las extrañas y grandes cosas de Amadís, aunque él otras afrentas ningunas hubiese pasado, sino solamente una que agora vi, en la muerte del esquivo y espantoso Endriago, que esta me ha quebrantado el corazón, no porque él no bastase á otra semejante que ella acometer, mas porque tengo por imposible poder yo hallar otra tan peligrosa ni temerosa en todos los días de mi vida, ni los que vivos quedaren.—No penseis en eso, dijo el Rey; que mientras que el mundo durare siempre serán descubiertas otras cosas extrañas, y aunque por ventura no sean de la cualidad dese Endriago, serán en cantidad muy mayores; que ciertamente yo creo no haber en el mundo mas fuerte cosa que el fuerte corazón del hombre, si con discreción es gobernado, lo que no puede acaecer en ninguna bruta animalía, que si en mucha demasía las grandes fuerzas poseen, en muy mayores les falta el juicio para se dellas aprovechar.—Agora, buen señor, dijo Esplandian, dejemos de hablar mas en esto; que yo no soy mas obligado de ofrecer esta vida á la muerte por hacer verdaderas las cosas que de mí son dichas, y en aquellas partes donde mas sin ofensa de Dios yo lo pudiere hacer; y si á la medida dellas mis obras no llegaren, no les puedo dar mayor paga ni mayor satisfacción que es aquesta que digo.»

CAPITULO LIV.

Cómo la gran fusta de la Serpiente, y Frandalo con su flota, desbaratadas las naos de los enemigos, con maravillosa fuerza se juntaron al pié del alcázar de la montaña Defendida, y cómo Esplandian y Frandalo entraron ambos en la fortaleza.

Esplandian y aquel su muy grande amigo Garinto, rey de Dacia, en la su muy gran nave, con la flota de Frandalo navegaron la via de la montaña Defendida; pero siendo ya bien cerca de la noche, y no menos de la ya dicha montaña, fué entre ellos acordado que Frandalo, y Maneli, y el rey de Dacia, y Gandalin, y Lasindo se pasasen á la flota, porque si la gran fusta de la Serpiente en su llegada algun desbarato pudiese en las naos de los contrarios, que ellos los hiriesen y trabajasen de los desbaratar. Esto así hecho, siendo hasta dos horas de la noche por pasar, la gran fusta y Frandalo y sus compañeros algun trecho tras ella llegaron, donde los contrarios con reposo, sin recelo de aquello que les vino, que la muchedumbre de sus naos y gentes no temia sino solamente las fuerzas del Emperador, con quien tenían treguas, y eran avisados que hasta entonces ningun movimiento mandaba hacer en aquellos sus puertos que las fustas tenían; mas cuando así tan sin sospecha Esplandian en su gran nave llegó, la fuerza y braveza della fué tan demasiada, que todas las fustas que delante halló fueron anegadas, y las otras esparcidas al uno cabo y al otro; así que, sin entrelazo alguno fué junta con la gran torre del alcázar, aquella que ya oistes, en que las ondas de la mar continuo batian.

Quando Frandalo y sus compañeros vieron la revuelta pusieron velas y remos, y con muy grandes voces y trompetas se hicieron á la diestra parte, y como hallaron

los contrarios espantados, y sus naves revueltas sin concierto alguno, antes que ellos juntarlas pudiesen unas con otras, muchas dellas fueron hundidas y anegadas, y otras tomadas, con daño y muertes de los hombres que las defendian; así que, antes que el alba fuese venida, era toda destrozada y desbaratada mas de la mitad de la flota del rey turco; pero de Frandalo os digo que, junto con su muy grande esfuerzo y valentía, y grande práctica que en las cosas y afrentas de la mar todo el mas tiempo de su vida tuvo, hizo en aquella lid tales maravillas y tan extrañas en armas, que en muy grande prez y estima fué de todos los caballeros tenido, tanto, que á él se dió la gloria de aquella batalla; porque, como quiera que á aquellos caballeros que con él iban el esfuerzo y ardid no les falleciese, no tuvieron ellos tanto lugar de lo ejercitar, por nolo haber así como él usado; y de lo que mas loor á este caballero se le dió, fué por haber así confirmado en el pensamiento de todos cómo en sí retenia aquella muy santa ley de nuestro Señor Jesucristo, que en tan breve tiempo recibió, que á tres días no llegaba, y ser en su mano y libertad de hacer lo contrario de lo que allí hizo, pasándose con su flota á sus naturales y parientes, llevando presos aquellos preciados caballeros que dél se fiaban. Pues esto así hecho, como habeis oido, queriendo ya el alba romper, Frandalo recogió muy bien todas sus naves adonde la gran fusta ya con mas sosiego estaba, y púsolas todas debajo de sus grandes alas.

A esta sazón Talanque y Ambor de Gadel, y los otros que en el alcázar estaban, pusieronse á la ventana de la gran torre, viendo aquel socorro con aquel placer que bien pueden pensar aquellos que en semejantes cosas se vieron. Esplandian, que encima de la gran fusta estaba, y Norandel, les preguntó por dónde podrían mejor entrar en el castillo. Ellos le respondieron que por ninguna via ni manera lo podian hacer, si no fuese por aquella ventana, porque la muchedumbre de la gente por fuerza de armas les habian ganado la mina, que era la entrada de la montaña, y asimismo el postigo que á la tierra firme salia; así que, su gente estaba bien cerca de las puertas principales del alcázar, y que ellos se las habian defendido con una muy gruesa y fuerte pared que de un canto tenían hecha. «Pues ¿qué haremos? dijo Esplandian, ó ¿en qué forma haremos para que allá podamos subir, pues que tanto conviene que se haga?—En esto, dijeron ellos, muy buen aparejo se puede dar, y sin peligro alguno.» Entonces les echaron dos escaleras de cuerdas bien recias, que ellos habian hecho, con esperanza de ser por allí socorridos cuando menester lo hubiesen. Esplandian mandó luego llamar á Frandalo y á todos sus compañeros, los cuales luego vinieron; y venidos ante él, les dijo que dejando tal gente en la flota que para su defensa bastase, que el mejor acuerdo sería entrar ellos en el alcázar, que habia buen lugar para ello; y allí tomaron consejo de lo que hacer debian. Ellos todos lo tuvieron por bien, y así se hizo como habian acordado, que por las escalas subieron todos arriba con muy poco afán; y estando todos juntos con la mas gente de Frandalo en aquella tan gran fuerza, muy gran gozo en sí sintieron, creciéndoles los corazones, como quien ya la

muerte tragada tenían, pensando pugnar de hacer en aquella afrenta en que estaban tales cosas, que aunque allí sus vidas falleciesen, sus muy grandes famas mas perpétuamente en todo el mundo con muy grande estima y no menos loor quedasen.

CAPITULO LV.

En el cual, preguntado Talanque, cuenta á Esplandian y á Frandalo en qué manera los enemigos les entraron la montaña, y del esfuerzo que Esplandian á todos pone.

Luego Esplandian y Frandalo se fueron á la otra parte del alcázar, donde vieron cómo la gente de los turcos estaban en sus barreras bien cerca de las puertas del castillo, y la defensa que los de dentro habian hecho, y cómo la otra gente entraba y salia por el postigo que era entre las torres, y asimismo vieron á muy gran gente del real donde el rey Armato estaba con muy muchas tiendas y chozas. Esplandian preguntó á aquellos caballeros en qué manera los enemigos les habian entrado en la montaña, siendo fuerte. «Decir lo he, dijo Talanque. Sabed que pasando algunos días que de aquí partistes con el rey Lisuarte, este rey turco que allí veis, vino con muy gran poder de gente por la tierra, y no menos armada por la mar, á ponernos cerco; y nosotros, temiendo aquello que fué, pusimos muy gran recaudo de aquel postigo, cerrándolo por de dentro con mucha tierra y fuertes cantos, teniendo siempre encima de las torres cuatro hombres, que defendian que ninguno allí llegase. Mas los turcos, habiendo muy muchas veces acometido, y recibiendo muerte muchos dellos con las piedras que los nuestros dende arriba les tiraban, hicieron un pertrecho cubierto de madera y de hojas de hierro, con que sin ningun estorbo pudieron llegar al postigo sin que las piedras les hiciesen algun daño; y con sus artificios sacaron la puerta de su lugar; y como hallasen la defensa ser de tierra y piedras, muy presto la horadaron; y como quiera que algunos de nosotros, así de día como de noche, fuertemente les resistiésemos la entrada, tanta gente allí ocurrió, que fatigados del sueño y del gran cansancio, nos convino recogernos al castillo, donde ya la gente entraba por el postigo. Asimismo á Ambor le convino desamparar la mina, porque, segun la muchedumbre de la gente que vino, no fuimos poderosos de la defender, tomando por mejor partido esperar el reparo de Dios, pues que en su servicio estábamos defendiendo este alcázar, que aventurándonos en las cosas de fuera, nos pusiésemos en peligro de ser perdidos. Como quiera que algunas veces hemos salido á los enemigos y muerto muchos dellos; mas considerando que era mas daño á nosotros faltar uno que á ellos ciento, lo dejamos de hacer.—Muy bien hecistes, dijo Esplandian; que si solamente de vuestras personas hubiérades de dar cuenta, y las pusierades en peligros demasiados, así como los unos lo juzgaran á locura, así los otros lo tuvieran á gran esfuerzo, como generalmente se suele hacer, poniéndolos en cargo una tan señalada fuerza como es esta montaña, donde tanto servicio se puede seguir al muy alto Señor; y perdiéndola, ser tanto al contrario, mayor inconveniente fuera atraveseros á lo suyo que á lo

vuestro, porque agora ternéis tiempo con mas aparejo de mostrar la virtud de vuestros corazones.»

A esta sazón era ya la hora de comer, y fuéronse adonde estaba aparejado. Pues estando allí con mucho placer, y hablando en qué manera podrían damnificar á sus enemigos, dijoles Esplandian: «Ea, buenos señores, que estas no son las aventuras de la Gran Bretaña, que mas por vanagloria y fantasía que por otra justa causa las mas dellas se tomaban; que si la ira y saña en aquella gravemente os eran defendidas, en estas que agora se os representan, no tan solamente no es pecado ejercitarlas, mas ante aquel muy alto Señor Dios muy gran mérito se gana; y así, mis señores, comed y descansad; que antes que mañana venga, yo confío en la merced de aquel muy alto é inmenso Dios que ya os dije, y en la muy gran lealtad deste nuestro verdadero amigo Frandalo, que con muy gran daño y pérdida destes nuestros enemigos, estos campos que agora vemos llenos de gente, dellas serán bien vacíos.» Así como habeis oido estaban estos caballeros, y Libeo con ellos comiendo, esperando á qué podrían salir aquellas palabras que á Esplandian oían decir, teniéndolas por muy extrañas, segun la gran cantidad de los enemigos, y el poco aparejo que para los contrastar ellos tenían. Mas como creído tuviesen ser sus aventuras tan diversas de todos los otros caballeros, no en poca esperanza de venir en aquel efecto que él dijo, les puso. Y cuando hubieron comido, se desarmaron para dar alguna recreación á sus cuerpos y reposo á sus espíritus.

CAPITULO LVI.

Cómo Armato, rey de Persia, sabido el daño de su flota, acordó de ir á ver la gran fusta de la Serpiente, que lo habia hecho; y cómo, esforzando toda la gente para dar el combate, se volvió al real.

El rey Armato, que en el real en sus tiendas estaba bien alegre y muy sosegado, supo del gran daño y desbarato que los cristianos habian hecho en su flota, de que muy enojado fué, maravillándose mucho qué gente pudo ser aquella que tan sin sospecha allí vino, teniendo él personas suyas en todos los lugares donde el emperador de Constantinopla tenia sus naves, de que luego habia de ser avisado en partiendo de allí, y teniendo con él tregua asentada. Pero algunos de los que en las otras fustas quedaron, que despues de venida la mañana la fusta de la Gran Serpiente vieron, con muy grande espanto le contaban lo que della les habia parecido, haciéndosela tan espantosa y tan esquiva, que no solamente tenían por mucho lo que en su flota hicieron, mas que si de allí donde estaba salir pudiese, que no serian osadas todas las naves de la mar de se llegar á ella. Pero otros que ya sabían lo cierto, qué cosa era, y cómo Urganda la Desconocida la habia dado á Esplandian, contáronselo al Rey, diciendo que artificiosamente era hecha, y que creyese que en ella habia venido el mejor caballero que en todo el mundo hallar se pudiese, aquel que habia muerto al gran gigante Matroco y á Furion, su hermano, y les ganó el señorío de aquella montaña.

El Rey, como esto le fué dicho, hubo placer de la ir á ver, y cabalgando en un caballo con aquellos que

tenian cargo de le guardar, se fué á la parte donde le dijeron que su flota se habia recogido; y llegado allí, entró en una fusta de las mas ligeras que allí habia, y desviándose del alcázar, se puso en parte donde á su placer y sin ningun peligro la pudiese muy bien mirar; mas cuando él vió una cosa tan espantable y tan extraña, mas que cuantas él en sus dias oyó decir, estuvo una gran pieza que ninguna cosa habló, considerando que no habia en todo el mundo tan poderosa flota que resistir la pudiese por ninguna manera; mas por no poner á sus gentes en mayor dolor y quebranto de lo que ellos tenian, mostró á ellos que no la preciaba tanto como en nada, diciéndoles: «Amigos, no vos espante la figura de aquella fusta, que no la hicieron los dioses, ni ellos en ella vienen; artificio de personas mortales es, y tales son los que en ella vienen, y no queidais tan pocos ni tan menguados de esfuerzo que no haya en vos diez para uno de los que aquellas naves puedan guardar; esforzados, y tened ojo esta noche que viene; y cuando oyéredes que por la tierra mis gentes combaten el castillo, llegad todos á gran priesa y muy reciamente sin recelo, poned fuego á aquellas naves, que las pequeñas serán causa de la grande ser quemada. Así que, esto hecho, la mar quedará á vos libre, y á mí la tierra, como hasta aquí la tuve; que esta gente que aquí es venida me pone en mayor esperanza de acabar esto comenzado; pues que no teniendo fustas ni socorro, la vianda muy mas presto les fallecerá.» En esto se tornó á su real, mandando á los capitanes que aderezasen para el combate dos horas antes del alba; quedando los de la flota aparejando las cosas necesarias para poner fuego á las naves. Asimismo los del alcázar recorriendo sus armas, para cuando por su caudillo Esplandian les fuese mandado que las tomasen, para se poner con ellas donde, con mas cuidado de herir en sus enemigos que de guardar las vidas, esforzaban sus fuertes y bravos corazones.

CAPITULO LVII.

De la cruel batalla que Esplandian y Frandalo hubieron con Armató, rey de Persia, por quien la montaña estaba cercada, en la cual batalla fué preso el Rey, y toda su gente desbaratada, y de las extrañas cosas que Esplandian y Frandalo allí hicieron.

Pues venida aquella noche, de los unos y otros esperada, siendo ya la escuridad venida, Esplandian y sus compañeros se armaron; y tomando á Frandalo por la mano, les dijo: «Buenos señores, en Dios y en la gran lealtad deste caballero está toda nuestra buena ventura, y despues en el esfuerzo de vosotros; yo os ruego que en viendo que es pasada media hora, acometais bravamente á los enemigos, y sea con tal acuerdo, que la lid alguna pieza podais sostener; y esto encomiendo yo á vos, mi señor tío Norandel, porque vuestro grande esfuerzo y discrecion temple la valentía destes caballeros, que las afrentas de las armas tanto como vos no han usado, y á Frandalo y á mí encomendados á aquel muy alto y poderoso Señor en cuyo servicio vamos y quedais.» Entonces cubrió Esplandian sus armas y Frandalo las suyas con sendas vestiduras hechas al uso de Turquía, que en el alcázar á vueltas de otras muchas habian hallado; descendiendo-

se ambos por las escalas de cuerda que ya oistes, se fueron encima de la gran fusta; y de allí abajados, tomaron un barco pequeño, y mandando á toda la compañía que en la flota quedó para la guardar, que armados todos se saliesen arriba al castillo, y hiciesen lo que por Norandel les fuese mandado, se fueron con un hombre solo, que los guiaba por la mar ó hácia aquella parte que descombrada quedó de la batalla de la noche pasada; y anduvieron una pieza, hasta que vieron ser ya tiempo de salir en tierra; y llegando á la orilla, dejando el hombre en el barco, salieron fuera á pié, los yelmos en las cabezas y los escudos á sus cuellos, sin que Frandalo supiese cuál era el fin de aquel viaje.

Entonces Esplandian dijo á Frandalo: «Mi buen amigo, guíadme á la tienda del rey turco, allí donde vimos su gran seña, que estandarte se llama, y si las guardas nos encontraren, diréis en su lenguaje cómo somos de aquellos que la entrada de la montaña guardan á la entrada de la mar, y que llevamos un grande aviso al Rey, con que se hará mucho daño en las fustas de los cristianos, y allá delante os diré mi propósito.—Señor, dijo Frandalo, esto y todo lo que mandaré será por mí hecho, si la muerte no lo estorba.—Tal confianza, dijo Esplandian, tengo yo en vos, mi buen amigo, y vamos adelante.» Y luego se fueron para el real, que no muy léjos estaba, y no tardó que salieron á ellos algunos de los turcos, que aun la gente no eran todos recogidos á sus estancias, y preguntándoles quién eran, respondió Frandalo aquello que de antes habian acordado. Y no curando de les decir mas, creyendo que de los suyos fuesen, los dejaron pasar adelante; y anduvieron tanto, despues que en el real entraron, sin que persona mas les preguntase, que llegaron á la tienda del Rey, donde hallaron que á la sazón llegaban allí otros muchos caballeros armados, que le habian de guardar de noche, segun se solia hacer; y los capitanes que dentro en la tienda estaban, concertando el combate que aquella noche habian de hacer. Pues estando así entre aquellas compañías, mirando lo que hacian, á la vuelta de los otros armados, oyeron el grande alarido de aquellos que dentro en la montaña sus estancias tenian, que á esta sazón los caballeros del alcázar con hasta docientos hombres muy bien armados, de la compañía de Frandalo, habian salido, como concertado estaba, tan denodadamente, que pasando las barreras de los enemigos, mataron y hirieron muy muchos dellos; así que, un muy gran trecho los retrujeron, y por esta causa las voces eran muchas y tan grandes, que á los cielos llegaban. Esta nueva llegó luego á la tienda del Rey, el cual mandó á todos sus caudillos que con la mas gente que pudiesen les ayudasen, y trabajasen muy mucho de se meter entre los contrarios y la fortaleza, y atajasen los que della habian salido. Como la gente este mandato oyó, fueron todos prestamente á lo cumplir; pero Esplandian y Frandalo quedaron con las guardas del Rey donde estaban; mas no tardó mucho que vino un hombre y dijo al Rey: «Sabed, Señor, que del alcázar ha salido mucha gente, entre los cuales hay tales caballeros que hacen maravillas en armas, y han muerto muchos de los vuestros, que ya apenas hallan con quién lidiar.» El Rey fué

desto muy sañado, y dijo: «¿Cómo aquellos canes captivos son bastantes de contrastar mi gente? Pues yo haré luego de manera que sepan que ni ellos ni su Jesucristo podrán excusar que no sean todos confundidos y muertos.» Y demandó á gran priesa sus amas, y á la puerta de la tienda se hizo armar. Cuando por el real fué sabido que el Rey salia á la pelea en socorro de los suyos, sin mas tardar se armaron todos y fueron tras él, que ya á caballo se iba hácia el postigo. Esplandian y Frandalo le aguardaron, yendo delante dél, por entrar en la montaña cuando él entrase. Y así, llegó el Rey al postigo, y descabalgando de su caballo, tomó en su mano siniestra una adarga, y en la otra un cuchillo, y entró donde los suyos con gran revuelta andaban, y vió cómo muchos cargaban de golpe sobre los cristianos, y cómo ellos se defendian bravamente; y así, llegó hasta los delanteros, dando voces que no dejasen hombre á vida y los atajasen, porque ninguno se pudiese ir. Esplandian dijo á Frandalo: «Amigo mio, no me perdais, y aguardadme, que lo que yo emprendiere vos dirá lo que debéis hacer.» Y fué luego á poner á la parte que el Rey andaba, y vido lo que sus amigos hacian, y cómo mataban muchos de los turcos, pero no sin grande afrenta, segun la mucha gente sobre ellos cargaba, y dijo entre sí: «Ay mis buenos amigos! si Dios por la su merced trajese en efecto lo que tengo pensado, ayudarvos hia yo en esta grande afrenta que vos veo, hasta la muerte.»

Y andando así fieramente á un cabo y á otro, no partiendo los ojos del Rey, como lo vido en aquella parte que él aguardaba, fué cuanto mas recio pudo, y abrazándose con él, llamó á Frandalo que le ayudase. Frandalo, que así lo vido, echó mano muy bravamente del Rey, como aquel que de gran fuerza era, y comenzaron ambos á tirar por él, para lo pasar á los de su parte. Mas el Rey, poniendo todas sus fuerzas, daba grandes voces, llamando á los suyos que le socorriesen. A estas voces acudió mucha gente; y como Esplandian vido la cosa en peligro, dejó el Rey en poder de Frandalo, y puso mano á su muy buena espada, que en señal de ser él mejor que su padre habia ganado, como ya se vos contó, y fué á meter entre los turcos, nombrándose, y comenzó á los herir tan cruelmente y de tantos golpes, que era espanto de lo ver. Allí le crecía la ira y la saña, allí le acompañaba la gran soberbia, allí hacia tales maravillas, que nunca caballero antes ni despues hizo; así que, en poco de tiempo tuvo á sus piés mas de veinte hombres muertos y mal heridos, que nunca golpe dió en lleno que no lisiase ó matase. Cuando Norandel y los otros caballeros vieron la gran revuelta, y cómo Esplandian se nombraba, acudieron allí algunos dellos, hallaron cómo Frandalo tenia abrazado al Rey y les daba voces que le ayudasen para lo llevar, y asimismo cómo el Rey á gran priesa llamaba á los suyos que le socorriesen, y tambien las maravillas que Esplandian hacia, que aunque de noche era, bien vieron cómo estaba cercado de los turcos, que ninguno á él osaba llegar, y los muertos que en derredor dél estaban caidos; y luego Norandel y Talanque, y Maneli y Gandalin, le socorrieron bravamente; y Lasindo y Libeo, con otros algunos, acorrieron á Fran-

dalo, que de muchos y grandes golpes era atormentado y muy mal herido, sin que él ninguno dar pudiese, que nunca soltó del Rey, aunque en peligro de muerte se vido, considerando que aquello era el cabo del vencimiento de los enemigos. Mas como estos llegaron, comenzaron á dar en los turcos muy fieramente; así que, muy muchos dellos mataron, y á mal de su grado su gran rey fué en poder de los cristianos.

El rey de Dacia y Ambor y Belleriz, sobrino de Frandalo, que muy valiente caballero era, resistian á la otra parte con mas de cien hombres de los suyos, peleando muy fieramente, porque los enemigos les querian tomar las espaldas y habian muerto muchos dellos; y las voces eran tantas y tan grandes, que no parecia sino que toda la montaña se hundia. Norandel y sus compañeros llegaron con gran trabajo donde Esplandian estaba, y halláronle en la manera que ya vos contamos, como el bravo y fuerte toro que de léjos le echan las varas. Mas cuando él vido aquellos buenos caballeros cabe sí, comenzó á esforzarse y decir que le siguiesen, que allí era la braveza bien empleada; y fué cuanto mas recio pudo á se meter en los turcos, que delante dél huyendo andaban, y el que alcanzar podia no habia menester mas de un golpe. Norandel y los otros caballeros iban teniendo con él, así con gran espanto de ver sus cosas, como con mucho temor que allí se perderia; y pesábales porque tan denodado se metia entre los enemigos, creyendo no bastar el poder dellos para le socorrer. Como los turcos que á las otras partes peleaban vieron que su gente por aquella parte se venia, acordaron de socorrer algunos dellos, y acudieron allí dos capitanes, y dieron sobre Esplandian y Norandel y los otros sus compañeros con gran fuerza y tropel de gente, que por poco los hubieran de derribar en tierra. Mas allí eran las grandes maravillas de Esplandian en matar y derribar los que alcanzaba; toda su espada estaba teñida en sangre, y asimismo su escudo y el yelmo, que no parecia sino que sus carnes eran hechas pedazos, mas no era ello así, que aquella de la de los enemigos allí le habia saltado.

Talanque y Maneli fueron á los dos capitanes que con sus fuertes cuchillos en lid entraron delante de todos los suyos, y comenzaron con ellos una brava y muy cruel batalla. Norandel no osaba partirse de Esplandian, segun en el gran peligro que le veia siempre; así que, pocas veces heria en los turcos, aguardando que no le atajasen y le tomasen las espaldas; pero al que alcanzaba no habia menester maestro; mas todo era bien menester, que como la gente sobre ellos sin número viniese, y Esplandian anduviese cansado, y Talanque y Maneli ocupados con los dos capitanes en la batalla, y los que les ayudaban fuesen pocos, no faltó mucho de ser allí todos muertos. Mas aquel fuerte Frandalo, como quiera que herido estuviese, habiendo dejado al rey turco en poder de algunos suyos, que en el castillo lo metieron, tomó consigo hasta veinte hombres y vino á mas andar á la parte donde vido la mayor priesa, pensando hallar en ella á Esplandian, y de su llegada se remedió el peligro en que aquellos caballeros estaban, que tan poderosamente comenzó á herir y matar en los turcos, y los sus hombres asimismo, que en

poco de rato los hizo aportar á mal de su grado una pieza, quedando en poder de Talanque y de Maneli los dos capitanes con que lidiaban; y como de noche fué, así como la muchedumbre de los turcos, cuando habían la mejoría, cargaban de golpe, así de golpe se retraían sin ningun concierto, cuando los suyos, que en la delantera andaban, eran apretados; que los unos á los otros se desbarataban. Cuando Frandalo vido á Esplandian todo cubierto de sangre, muy triste fué dello, y díjole: «Señor, ¿cómo estáis? que vos veo muy desmejado, y tengo recelo que estáis en peligro, segun esa sangre de que cubierto vos veo.—Amigo mio, dijo Esplandian, tanta es la saña que me enseñorea, que no siento otro mal sino no poder destruir toda esta mala gente.—Harto habeis hecho, dijo él; que su rey queda en el castillo, y todo este camino es cubierto de los muertos, y yo vos ruego que con esto seais esta vez contento; y recojámonos, que tiempo es; que en el castillo hemos oído grandes voces, diciendo que nos combaten la flota.» Esplandian, como quiera que otra cosa desease, quiso hacer lo que le rogaba, y comenzaron á retraer, llevando presos los dos capitanes. Los turcos, que muy espantados estaban, sabiendo los mas dellos la prision de su rey, no curaron de los seguir, antes se llamaban unos á otros para se tornar al real; finalmente, todos tuvieron por bien que la batalla cesase. Pues recogidos los cristianos al castillo y los turcos al real, no quedando ninguno dellos dentro en la montaña ni tampoco en la mina de las dos puertas, quedó el campo sembrado de muchos muertos, casi todos de los turcos, porque los de Frandalo, como siempre andaban en guerra, eran muy bien armados y sabían hacer daño en los enemigos y guardar sus vidas.

CAPITULO LVIII.

De cómo los turcos quemaron á Frandalo su gran flota, y del enojo que Esplandian dello recibió.

Pues siendo Esplandian y sus amigos con toda la otra gente en el alcázar, vieron cómo la flota de Frandalo ardía en vivas llamas. Que parece ser que como los turcos de las naves del rey Armato estuviesen apercebidos para combatir y poner fuego á aquellas fustas, como les fué mandado, y oyeron el gran alarido del combate, sin mas tardar llegaron de rendon, pensando poder á ellas llegar, pero las grandes ondas del agua que de la fusta recudian, les puso para ello impedimento; y viendo ser imposible que su propósito hubiese algun efecto, comenzaron de tirar con los arcos y balistas en tanto número como la lluvia cuando mas espesa cae, y las flechas y saetas llevaban unas pellas pequeñas confeccionadas de fuego grecisco, atadas cabe los hierros; así que, aunque las naves eran recogidas debajo de las alas de la Serpiente, no se pudo excusar que el fuego en ellas no trabase; y como se fueron prendiendo, las llamas eran tan crecidas, que á los del castillo les convino cerrar las ventanas, con recelo que el poder del fuego por allí no entrase; así que, toda la flota de Frandalo fué quemada. Pero dígoos que en la gran fusta ninguna cosa en ella pudo el fuego trabar, ni en ella mas daño que de ante pareció. Mucho pesó á Es-

plandian y á aquellos caballeros en haber así perdido sus naves, mas como ya estuviesen con pensamiento que en las afrentas semejantes no se podía ganar honra ni hacer daño á sus enemigos sin que dellos lo recibiesen, consoláronse tomando por remedio el gran daño que en ellos hicieron, y el tener él su gran reposo.

CAPITULO LIX.

Cómo pasada aquella noche, curadas las heridas, los caballeros se fueron á comer, llevando consigo al Rey, y del acatamiento que Frandalo le hizo, dándole á conocer á Esplandian, y las grandes hazañas que hecho había.

Despues desto, estos famosos caballeros, poniendo sus velas y guardas, desarmáronse, y el maestro Elisabat les curó de las heridas, y plugo á la merced de Dios que en ninguno halló peligro, ni que por ellas dejasen de se levantar; que, como quiera que golpes recibieron muchos, la flaqueza de las armas de los turcos, y la gran fortaleza de las suyas defendieron que á las carnes mucho daño no hiciesen; y si algun peligro hubo, fué en la otra gente, que no estaban como ellos armados; pues acostados en sus lechos, poniendo recaudo en el rey preso y en los dos capitanes, durmieron aquello poco que les quedaba de aquella noche; y la mañana venida, despues que el Maestro los hubo curado, levantáronse todos para comer, que bien les era necesario. Mas Frandalo les rogó que antes viesen al Rey, que en la cámara estaba retraido, y consigo lo hiciesen comer, honrándole como convenia que á tan gran príncipe se hiciese. Todos lo tuvieron por bien, y juntos se fueron á la cámara donde estaba, y halláronle sentado ante una cama, cubierto con una aljuba de seda, que traía sobre sus armas; y como vió los caballeros, levantóse en pié. Frandalo, que lo conocia muy bien y habia sido su vasallo, y en su servicio habia hecho muchas cosas en armas en gran daño de los cristianos, fué á hincar las rodillas ante él y besóle la mano, diciendo: «Como quiera que yo esté ya en otra mas verdadera ley, y sirva á aquel Señor que tú, Rey, por enemigo tienes, considerando tu grandeza, así como fui tuyo, quiero te hacer este acatamiento, no con la obediencia que solia, mas con aquella cortesía que como caballero debo.» El Rey lo levantó por las manos y díjole: «Frandalo, por mas extraña cosa tengo en te ver á esta ley que dices vuelto, si de toda tu voluntad lo estás, segun la braveza de tu fuerte corazon, juntamente con aquella grande enemiga que siempre con los cristianos tuviste, que verme así preso como estoy; porque aquellos que las batallas y afrentas de las armas siguen, así grandes como menores, no pueden ser tan seguros que á la fortuna no sean sujetos, que la victoria dar y quitar puede, segun su querer; mas mudarse las personas de tu calidad de una ley á otra con tan ardiente afición, que basta en tan breve tiempo para arrancar la primera y quedar firme en la postrimera, esto no lo puedo creer, ni puede ser sin gran misterio de aquel Señor que has tomado, ó de los mis dioses, que habiendo de mí recibido algun enojo, de que airados los tengo, tuvieron por bien que por tí fuese muy duramente castigado. Mas como quiera que entre tí y mí tanta sea la diversidad, como dices, ruégote que, cum-

pliendo lo que debes, mires por mi servicio en lo que á tu consejo viniere.»

Frandalo, tomando por la mano á Esplandian, dijo: «Rey, no puedo yo hacer ni decir mas de lo que la voluntad deste caballero, mi señor, me otorgare, y si dejando la ley en que me viste, te he puesto en duda de no estar firme en la que agora tengo, la prision tuya te da el testimonio de la verdad.» Esplandian, que bien entendia aquel lenguaje, aunque no lo quisiese hablar, dijo: «Mi amigo Frandalo, el vuestro gran valor y lealtad merece que yo y todos estos caballeros hayamos por bueno aquello que á vos bueno pareciere.» El Rey, que los ojos tenia en él, pareciéndole muy mozo y mas hermoso hombre de cuantos jamás visto habia, y no entendiendo su respuesta, preguntó á Frandalo qué le respondió y quién era aquel á quien tan sujeto se mostraba. Él se lo dijo todo, y mas que supiese por cierto; que aquel era el que en un día mató en batalla á los gigantes Matroco y Furion, y á su tio Arcalaus, y á Argante, su criado, y ganó el señorío de aquella montaña. Y que no solamente su alta bondad en aquello solo se habia mostrado, mas que despues pasó por otras muchas mayores afrentas á su grande honra. El Rey fué muy espantado en lo oír y dijo: «Ahora te digo, Frandalo, que aunque el Dios de los cristianos otro milagro no hiciese sino este que dices, basta para creer que él es el mas poderoso de todos los dioses.» Frandalo le dijo: «Rey, vénte con estos caballeros que por tí vienen para te dar de comer, y ten mas confianza en su gran virtud que en el poder de aquellos idolos á quien sirves.—Hacerlo he, dijo el Rey, porque aquellos á quien la ventura es contraria, no solamente se han de dar ellos mayor fatiga que ella les da, mas con gran corazon resistir todas las adversidades que les pudieren venir, esperando siempre con firme propósito las vueltas de la movible fortuna, que muy presto los prosperados derriba y los derribados ensalza.» Y con gesto alegre, aunque el corazon sintiese la fatiga, se fué con ellos, y llegados donde las tablas, que puestas eran, le hicieron sentar en el mas honrado lugar dellas, y como á rey le mandaron servir, y á los dos capitanes tomaron los caballeros entre sí, haciéndoles mucha honra.

Todos estaban en aquel comer muy alegres, los unos por la buena ventura que habian habido, y los otros por no dar á entender que la mala tenian en mucho. Allí fueron servidos segun la oportunidad del tiempo daba á ello lugar. Y habiendo comido, llevaron á su cámara al Rey, en compañía de Gandalin y de Lasindo, á quien la guarda suya fué encomendada. Y los dos capitanes fueron dados á Libeo, que mirase por ellos. Norandel, por consejo de Esplandian, tomó consigo á Frandalo, y á Maneli, y á Talanque, y Ámbor, y en una sala muy hermosa se entraron á reposar. Esplandian en otra cámara con el rey de Dacia, que él amaba mucho, se retrujo, teniendo en su voluntad determinado de le descubrir las fatigas y mortales deseos que por su señora Leonorina le atormentaban, considerando que si la ventura lo guiasse, segun el deseo de su corazon, que su grande alegría en mucha cantidad seria aumentada, en que á aquel de quien como de su proprio corazon se fiaba, le alcanzase parte della. Y si la desventura en

el contrario lo volviese, que por gran consuelo ternia hallar persona á quien sus angustias y esquivos dolores pudiese mostrar y quejarse dellos, así para buscar el remedio, como para que, si no se hallase mas consolado, pudiese la muerte recibir.

CAPITULO LX.

Cómo Carmela, doncella prudente, Cuenta la grande y alegre embajada Al buen caballero, de su enamorada, Hallándose el rey de Dacia presente; Y cómo tendida y muy reluciente Vieron la seña del Emperador Venir por la mar, mostrando favor, A punto guarnida, con sobra de gente.

La doncella Carmela, que, como ya se os contó, por no poner á Esplandian en sobrada alegría ó en demasiado esfuerzo, no quiso antes de aquel socorro decirle las bienaventuradas y alegres nuevas que le traía, porque dello no se podría seguir sino ser descubierto aquello que secreto era razon que tuviese, ó ser su persona con mayor osadía, que su grande esfuerzo bastaba, llegada á la muerte, estaba sin parecer ante su presencia en la nave del fuerte Frandalo. Como vido tiempo aparejado, despues que la gran fusta al castillo de la montaña llegada fué, cubriéndose de una capa de escarlata, que de la cámara de Frandalo le dieron, sabiendo de cómo Esplandian era ido fuera del castillo, cuando al real fué del rey turco, como ya oistes, se subió por las escalas de cuerda arriba al alcázar, donde metida en una cámara estuvo hasta que Esplandian fué vuelto de la pelea, y trajo al rey turco preso; y como supo que todos eran ya acogidos en sus aposentamientos, vestida de aquellas ricas ropas de las coronas, que la infanta Leonorina en Constantinopla le dió, se fué á la cámara donde Esplandian con el rey de Dacia reposaba, y en entrando por la puerta vido cómo ambos estaban en un lecho vestidos hablando. Mas cuando por Esplandian fué vista, saltando de la cama, en una voz alta dijo: «¡Santa María! mi doncella es esta ó yo estoy fuera de mi sentido.» La doncella llegó á él, y hincando los hinojos en tierra, le comenzó á besar las manos, que él no lo sentia, así fué turbado; ni la doncella pudo hablar, con la grande alteracion que en sí sintió, en tener delante si la cosa del mundo que mas amaba. Y así estuvieron por un gran rato. Mas Esplandian, ya mas acordado, levantóla y díjole: «¡Oh, mi doncella! ¿qué ventura en tiempo de tanto peligro os pudo ante mí traer?—Aquella buena ventura, dijo ella, que á los vuestros servientes nunca desampara; que siendo yo en grande afrenta de ser perdida mi honra, no sin gran peligro de ese rey que ahí está y del otro su compañero, fui de prision salida, y llevada á aquella parte donde vos, mi señor, me mandastes que fuese.—Pues mi buena amiga, dijo Esplandian, ¿qué recaudo me traéis de ese viaje? Decídmelo todo, y especialmente si aquella infanta, dando por quitto á mi padre con lo que de mi parte le dijistes, quedó satisfecha.—Señor, dijo la doncella, algunas cosas son que sin reguardo de ninguno se pueden decir, y otras que á vos solo convienen ser manifiestas.—Eso seria, dijo él, si aquí tercero hubiese; mas, como yo tengo por mi co-